

LE HAN CONFIADO EL SERVICIO SACERDOTAL

En 1942, Anna, joven viuda, fue deportada a Kazakistán, junto a sus tres hijos. *“Fue duro afrontar el frío invierno, pero luego llegó la primavera. En aquel período lloré mucho, pero también recé muchísimo. Tuve siempre la impresión que alguien me tenía la mano. En la ciudad de Syrjanowsk encontré algunas mujeres de fe católica. Nos reuníamos a escondidas los domingos y en los días de fiesta para cantar y rezar el rosario. Yo suplicaba a menudo: María, nuestra querida madre, mira cómo somos pobres. ¡Danos de nuevo sacerdotes, maestros y pastores!”.*

Desde 1965 la violencia de la persecución disminuyó y Anna pudo ir una vez al año a la capital de Kirghizistán, donde se encontraba un sacerdote católico en exilio.

“Cuando en Biskek fue construida nada menos que una iglesia, fuimos con Vittoria, una conocida mía, para participar en la Santa Misa. El viaje fue largo, más que 1000 kilómetros, pero para nosotros fue una gran alegría. ¡Por más de 20 años no habíamos visto un sacerdote ni un confesionario! El pastor de aquella ciudad era anciano y por más de diez años había sido encarcelado a causa de su fe. Mientras me encontraba allí, me confiaron las llaves de la iglesia, así pude hacer largas horas de adoración. Nunca habría pensado de poder estar tan cerca del tabernáculo. Llena de alegría, me arrodillé y lo besé”.

Antes de partir, Anna tuvo el permiso de llevar la Santa Comunión a los católicos más ancianos de su ciudad, que nunca hubieran podido ir personalmente. *“A petición del sacerdote, durante treinta años, en mi ciudad, bauticé a niños y adultos, preparé a los novios al sacramento del matrimonio, oficié funerales, hasta que, por problemas de salud, no pude hacer más este servicio”.*